

CAPÍTULO V.

CAMINO DE VERSALLES.

Las dos señoras se hallaban fuera de los alcances del gentío, pero era de temer que algunos curiosos, habiéndolas seguido, las hiciesen reconocer y renovasen una escena semejante á la que acababa de pasar, y de la que tal vez se escaparían más difícilmente.

El joven oficial comprendió aquella alternativa, como se echó de ver por la actividad con que despertó al cochero que dormía sobre su pescante, el cual estaba aun más helado que dormido.

Hacía un frío tan horrible que, contra la costumbre de los cocheros que se pican de emulación quitándose uno á otro los parroquianos, no se movió ninguno de aquellos automedones á veinticuatro sueldos por hora, ni aun aquél á quien se dirigían.

El oficial cogió al cochero por el cuello de su pobre capotón, y le sacudió tan fuertemente que lo sacó de su entorpecimiento.

— ¡Hola, eh! le gritó al oído viendo que no daba señales de vida.

— ¡Allá voy, señor, allá voy! dijo el cochero soñando aun, y bamboleándose sobre el pescante como un borracho.

— ¿Adónde queréis ir, señoras? preguntó el oficial en alemán.

— Á Versalles, respondió la mayor en la misma lengua.

— ¡Á Versalles!!! exclamó el cochero. ¿Habéis dicho á Versalles?

— Sin duda.

— ¡Oh! ¡Pues no! ¡á Versalles! ¡Cuatro leguas y media por semejante hielo! No, no, no.

— Se pagará bien, dijo la mayor de las alemanas.

— Se pagará, repitió en francés el oficial al cochero.

— ¿Y cuánto se pagará? preguntó éste desde el pescante, porque no parecía tener una grande confianza. Bien véis, caballero oficial, que no está todo en ir á Versalles; una vez se ha ido, hay que volver.

— ¿Es bastante un luis? dijo en alemán la más joven de las dos señoras al oficial.

— Se te ofrece un luis, repitió éste.

— Un luis, ¡es bien justo! replicó entre dientes el cochero, porque me expongo á romper las piernas á mis caballos.

— ¡Tunante! no tienes derecho más que á tres libras por ir de aquí al palacio de la Muette, que está á medio camino; y ya ves que, á este cálculo, pagándote ida y vuelta, solo tienes derecho á doce libras, y en vez de doce vas á recibir veinticuatro.

— ¡Oh! no regateéis, dijo la mayor de las dos señoras. Dos luses, tres, veinte, con tal que marche al momento y sin detenerse.

— Basta un luis, señora, respondió el oficial; luego volviéndose al cochero, dijo:

— Vamos, bribonzuelo, apéate y abre la portezuela.

— Quiero que se me pague primero, dijo el cochero.

— ¡Quieras!

— Es mi derecho.

El oficial se abalanzó hacia él.

— ¡Paguemos anticipado, paguemos! dijo la mayor de las alemanas.

Y registró con rapidez en su faltriquera.

— ¡Dios mío! dijo en voz baja á su compañera. ¡No tengo mi bolsillo!

— ¿En verdad?

— Y vos, Andrea, ¿tenéis el vuestro?

La joven registró á su vez con la misma ansiedad.

— Yo... yo... tampoco.

— Registrad en todas las faltriqueras.

— ¡Es inútil! exclamó la joven con despecho, porque veía al oficial observarla durante este debate, y ya el desabrido cochero abría su bocaza para sonreír felicitándose de lo que él llamaba tal vez para su capote una feliz precaución.

En vano las dos mujeres buscaron y buscaron, pues ni una ni otra halló un sueldo.

El oficial las vió impacientarse, ruborizarse y palidecer: la situación se complicaba.

Iban las señoras á decidirse á dar en prenda una cadena ó una alhaja, cuando el oficial, para ahorrarles todo pesar que pudiese herir su delicadeza, sacó de su bolsillo un luis que alargó al cochero.

Éste tomó el luis, lo examinó y sopesó, mientras que una de las dos señoras daba las gracias al oficial; luego abrió la portezuela, y la señora subió seguida de su compañera.

— Y ahora, seo tano, dijo el joven oficial al cochero, conduce estas señoras sin detenerte, y sobre todo lealmente, ¿lo entiendes?

— ¡Oh! no tenéis necesidad de recomendármelo, señor oficial; eso es cosa corriente.

Durante este corto coloquio, las señoras se consultaban.

En efecto, veían con terror á su guía, á su protector, pronto á dejarlas.

— Señora, dijo en voz baja la más joven á su compañera, es preciso que no se aleje.

— ¿Y por qué? Preguntémosle su nombre y las señas de su casa, y mañana le enviaremos su luis de oro con una esquelita dándole las gracias que tú la escribirás.

— No, no, señora; os suplico que le retengamos; si el cochero obra de mala fe, si pone dificultades en el camino... con un tiempo como el que hace, los caminos están malos; ¿á quién nos dirigiríamos para pedir socorro?

— ¡Oh! tenemos su número y la letra de la administración.

— Está muy bien, señora, y no dudo que más tarde le haréis romper los huesos á palos; pero entre tanto, no llegaréis esta noche á Versalles, ¡y qué se dirá, Dios mío!

La mayor de las dos señoras reflexionó.

— Es verdad, dijo.

Pero ya el oficial se inclinaba para despedirse.

— Caballero, caballero, dijo en alemán Andrea, ¡dos palabras! ¡tened á bien oír aun dos palabras!

— Estoy á vuestras órdenes, señora, respondió el oficial visiblemente contrariado, pero conservando la más exquisita urbanidad en su aire, en su tono y en el acento de su voz.

— Caballero, prosiguió Andrea, después de tantos servicios como nos habéis hecho ya, no podéis negarnos una gracia.

— Hablad.

— Y bien ; os confesaremos que tenemos miedo á este cochero, que tan mal ha principiado la negociación.

— Hacéis mal en alarmaros, repuso el oficial ; sé su número, 107, la letra de la administración, Z., y si os causa algun disgusto, dirigfós á mí.

— ¡ Á vos ! dijo en francés Andrea olvidándose de su papel ; ¿ cómo queréis que nos dirijamos á vos, si ni siquiera sabemos vuestro nombre ?

El joven dió un paso hacia atrás, y exclamó atónito :

— Habláis francés, y hace media hora que me estáis condenando á chapurrear en alemán. ¡ Oh ! en verdad, señora, eso no está bien !

— Dispensad, caballero, repuso en francés la otra señora acudiendo valerosamente al socorro de su compañera que se había quedado cortada. Estáis viendo que, sin ser quizás extranjeras, nos hallamos desorientadas en París, y sobre todo en un fiacre. Debéis tener bastante mundo para conocer que no nos hallamos en una situación natural. El no obligarnos más que á medias, sería desobligarnos ; el ser menos discreto que habéis sido hasta este momento, sería ser indiscreto. Nosotras os juzgamos debidamente, caballero ; tened á bien no juzgarnos mal á nosotras ; y si podéis hacernos un servicio, hacédnoslo sin reserva, ó permitidnos que os demos las gracias y busquemos otro apoyo.

— Señora, respondió el oficial admirado del tono noble y encantador de la desconocida, disponed de mí.

— Entonces, caballero, hacédnos la gracia de subir con nosotras.

— ¿ En el fiacre ?

— Y de acompañarnos.

— ¿ Hasta Versalles ?

— Sí, caballero.

El oficial subió al fiacre sin replicar, se sentó al vidrio, y gritó al cochero :

— ¡ Arrea !

Cerradas las portezuelas, puestas en común las mantelitas y las pieles, el fiacre tomó la calle de Santo Tomás del Louvre, atravesó la plaza del Carrousel y echó á correr por los muelles.

El oficial se agazapó en un rincón frente á la mayor de las dos señoras, con su levita extendida cuidadosamente sobre sus rodillas.

En el interior del fiacre reinaba el más profundo silencio.

El cochero, ya que quisiera cumplir fielmente lo pactado, ya que la presencia del oficial le mantuviese por un temor respetuoso en el círculo de la lealtad, hizo correr á sus extenuados rucios con perseverancia sobre el resbaladizo piso de los muelles y del camino de la Conferencia.

Entretanto, el aliento de los tres viajeros iba calentando insensiblemente el fiacre, y un delicado perfume impregnaba el aire y llevaba al cerebro del joven oficial impresiones que de momento en momento se hacían menos desfavorables á sus compañeras.

— Deben ser algunas señoras retardadas en alguna cita, pensó, y ahora vuelven á Versalles un poco asustadas y algo avergonzadas.

Sin embargo, prosiguió diciendo para sí el oficial, ¿cómo estas señoras, siendo de distinción, van en un cabriolé, y sobre todo cómo lo conducen ellas mismas?

¡Oh! á esto hay una respuesta. El cabriolé era demasiado estrecho para tres personas, y no han de ir á incomodarse dos mujeres para poner un lacayo á su lado.

¡Pero no tenían dinero ni una ni otra! Objeción desagradable y digna de reflexión.

Sin duda el lacayo tenía su bolsillo. El cabriolé, que en estos momentos debe estar hecho astillas, era de una perfecta elegancia. ¡Y el caballo!.... si soy inteligente, valía ciento cincuenta luises.

Solas unas mujeres ricas pueden abandonar un cabriolé y un caballo semejantes, sin manifestar pesar. De consiguiente la falta de dinero no significa nada absolutamente.

Sí, pero esa manía de hablar una lengua extranjera siendo francesas...

Bueno; eso prueba precisamente una educación distinguida. No es natural á las aventureras el hablar el alemán con una pureza germánica y el francés como unas parisienses.

Además, hay en estas mujeres una distinción nativa.

La súplica de la joven era interesante.

La petición de la mayor era noblemente imperiosa.

Luego, verdaderamente, proseguía el joven arreglando su espada en el fiacre de modo que no incomodase á sus vecinas, ¿no se diría que un militar corre peligro en pasar dos horas en un fiacre con dos lindas mujeres?

Lindas y discretas, añadió: porque no hablan y aguardan á que yo empeñe la conversación.

Por su parte, las dos señoras pensaban sin duda en el joven oficial como éste pensaba en ellas; porque en el momento en que él acababa de formular esta idea, una de ellas, dirigiéndose á su compañera, le dijo en inglés:

— En verdad, querida amiga, que este cochero nos lleva como á unos muertos; á este paso no llegaremos á Versalles. Apuesto á que nuestro pobre compañero se fastidia mortalmente.

— Es que tampoco es muy divertida nuestra conversación, respondió la más joven sonriendo.

— ¿No os parece que tiene un aire muy distinguido?

— Así me parece, señora.

— Á bien que habéis debido notar que viste el uniforme de marina.

— No soy muy inteligente en materia de uniformes.

— Y bien; como os decía, viste el uniforme de marina, y todos los oficiales de marina son de buena casa. Por lo demás, le sienta bien el uniforme, y es hermoso este caballero, ¿no es verdad?

La más joven iba á responder, y probablemente abundando en la opinión de su interlocutora, cuando el oficial hizo un ademán que la detuvo.

— Perdonad, señoras, dijo en excelente inglés, debo advertiros que hablo y comprendo el inglés con bastante facilidad; pero no sé el español, y si vos lo sabéis, y gustáis hablaros en esa lengua, á lo menos estaréis seguras de no ser comprendidas.

— Caballero, replicó la señora mayor riendo, no queremos hablar mal de vos, como habéis podido notar; así, no nos violentemos, y no hablemos más que francés si tenemos algo que decirnos.

— Gracias por ese favor, señora; sin embargo, dado caso que mi presencia os sea incómoda...

— No podéis suponer eso, caballero, puesto que somos nosotras quienes la hemos pedido.

— Y aun exigido, añadió la más joven.

— No me confundáis, señora, y perdonadme un momento de indecisión; vos conocéis á París, ¿no es verdad? Es una ciudad llena de lazos, de raterías y de engaños.

— Según eso nos habéis tomado... Vamos, hablad con franqueza.

— Este caballero nos ha tomado por unos lazos, y nada más.

— ¡Oh! señoras, repuso el joven humillándose, os juro que no me ha ocurrido semejante idea.

— Dispensad... ¿qué hay? El fiacre se para.

— ¿Qué ha ocurrido?

— Voy á ver, señoras.

— Creo que vamos á volcar; ¡tened cuidado, caballero!

Y la mano de la más joven, extendiéndose por un movimiento brusco, fué á posarse sobre el hombro del oficial.

La presión de aquella mano le hizo estremecerse.

Por un impulso enteramente natural, iba á cogerla; pero Andrea, que se había dejado llevar de un primer impulso de temor, se había retirado ya al fondo del fiacre.

El oficial, á quien nada retenía ya, se apeó, y halló al cochero muy afanado en levantar uno de sus caballos que se hallaba enredado entre el timón y los tirantes.

Se encontraban un poco más allá del puente de Sevres.

Gracias á la ayuda dada por el oficial al conductor del fiacre, el pobre caballo se halló muy luego en pie.

El oficial volvió á entrar en el fiacre.

En cuanto al cochero, felicitándose de tener tan amable parroquiano, chasqueó alegremente su látigo sin duda con el doble objeto de animar á sus rucios y de entrar él mismo en calor.

Pero cualquiera habría dicho que el frío que acababa de entrar por la portezuela abierta, había helado la conversación y aquella intimidad naciente en que el joven oficial principiaba á hallar un encanto que él no podía explicarse.

Preguntáronle simplemente lo ocurrido, él lo refirió, y en seguida volvió el silencio á pesar sobre el frío viajero.

El oficial, á quien aquella mano caliente y palpitante había ocupado mucho, quiso, al menos, tener un pie en cambio.

Al efecto, extendió su pierna; más por diestro que anduvo, no encontró nada, ó más bien si algo encontraba, tenía el dolor de verlo huir.

Aun una vez que había rozado el pie de la mayor de las dos señoras:

— Os incomodo muchísimo, ¿no es verdad, caballero? dijo esta última con la mayor sangre fría; ¡perdonad!

El oficial se sonrosó hasta las orejas, felicitándose de que la noche estuviese bastante obscura para ocultar su rubor.

Así no respondió una palabra, y no pasaron más adelante sus empresas.

Mudo otra vez, inmóvil y respetuoso cual si estuviese en un templo, temió respirar y se hizo tamañito como un niño.

Pero poco á poco y á su pesar, una impresión extraña iba invadiendo toda su mente y hasta todo su ser.

Sin tocarlas, sentía á las dos encantadoras mujeres; veíalas sin mirarlas, y acostumbándose poco á poco á vivir á su lado, parecía que una partícula de su existencia acababa de fundirse en la suya. Por cuanto hay en el mundo habría querido anudar la conversación apagada, y entonces no se atrevía, temiendo decir alguna vulgaridad, siendo así que al principio desdeñaba soltar ni siquiera una de esas palabras más sencillas de la lengua del mundo. Alarmábase de parecer tonto ó impertinente delante de aquellas mujeres, á quienes una hora antes creía dispensar mucho honor haciéndoles la limosna de un luis y una urbanidad.

En una palabra, como todas las simpatías de esta vida se explican por las relaciones de los fluidos puestos oportunamente en contacto, un magnetismo poderoso, emanado de los perfumes y del calor juvenil de aquellos tres cuerpos reunidos por la casualidad, dominaba al oficial é inundaba de gozo su mente dilatando su corazón.

Así nacen á veces, viven y mueren en el trascurso de algunos momentos, las pasiones más reales, más dulces y más ardientes, formando un encanto porque son efímeras, y llenas de fuerza porque son contenidas.

El oficial no volvió á decir una palabra siquiera, y las señoras se hablaban en voz baja.

Sin embargo, como el oficial prestaba oído atento, cogía al vuelo algunas palabras inconexas, que no por eso dejaban de presentar un sentido á su imaginación.

He aquí lo que oyó:

— La hora avanzada... las puertas... el prote...

salida...

Paróse otra vez el fiacre.

Pero entonces no lo hacía por haberse caído un caballo, ó haberse roto una rueda. Al cabo de tres horas de animosos esfuerzos, el valiente cochero había logrado calentarse los brazos, es decir, que había hecho sudar á los caballos y había llegado á Versalles, cuyas largas alamedas sombrías y desiertas aparecían bajo los resplandores rojizos de algunos faroles cubiertos de escarcha, como una doble procesión de espectros negros y descarnados.

El oficial comprendió que habían llegado. ¿Por qué magia le había parecido tan corto el tiempo?

El cochero se inclinó al vidrio delantero, diciendo:

— Mi amo, ya estamos en Versalles.

— ¿Dónde paramos, señoras? preguntó el oficial.

— En la Plaza de Armas.

— ¡Á la Plaza de Armas! gritó el joven al cochero.

— ¿Hay que ir á la Plaza de Armas? repuso éste.

— Está claro, puesto que te lo dicen.

— ¿Supongo que se me dará una propina? añadió el auverniano sonriendo.

— Arrea y no te detengas.

El cochero volvió á redoblar los latigazos.

— Es preciso que yo hable, dijo para sí el oficial, pues de lo contrario voy á pasar por un imbécil después de haber pasado por un impertinente.

— Señoras, ya estáis en vuestra casa, dijo, aunque no sin vacilar.

- Gracias á vuestra generosa protección.
- ¡Cuánta molestia os hemos ocasionado! dijo la más joven de las dos señoras.
- ¡Oh! eso lo tengo más que olvidado, señora.
- Pero nosotras, caballero, no lo olvidaremos. Decidnos vuestro nombre, si tenéis á bien, caballero.
- ¿Mi nombre? ¡oh!
- Es la segunda vez que os lo pregunto. ¡Tened cuidado!
- Y supongo que no trataréis de hacernos el regalo de un luis, ¿no es verdad?
- ¡Oh! si es por eso, señora, respondió el oficial algo picado, cedo: soy el conde de Charny, y, como ya habéis notado, oficial de la marina real.
- ¡Charny! repitió la mayor de las dos señoras con el mismo tono que habría dicho: Está bien, no lo olvidaré.
- Jorge de Charny, añadió el oficial.
- ¡Jorge! murmuró la más joven de las dos señoras.
- ¿Y dónde vivís?
- En la fonda de los Príncipes, calle de Richelieu.

El fiacre se paró.

La mayor de las dos señoras abrió ella misma la portezuela de la izquierda, saltó á tierra con mucha agilidad y dió la mano á su compañera.

— Pero á lo menos, señoras, exclamó el joven disponiéndose á seguirlas, aceptad mi brazo; no estáis en vuestra casa, y la Plaza de Armas no es un domicilio.

- ¡No os movais! dijeron simultáneamente las dos mujeres.
- ¡Cómo! ¿qué no me mueva?
- No, permaneced en el fiacre.
- Pero, señoras, ¡es imposible dejaros marchar solas por la noche y con el tiempo que hace!
- ¡Bueno! Después de haber casi rehusado el servirnos, ahora queréis absolutamente servirnos demasiado, dijo jovialmente la mayor de las dos señoras.
- Sin embargo...
- No hay sin embargo que valga. Sed hasta el fin un caballero galante y leal. Gracias, señor de Charny, gracias con toda mi alma, y puesto que, como os acabo de decir, sois un caballero galante y leal, no os exigimos siquiera vuestra palabra de honor.
- ¿Mi palabra de qué?
- De cerrar la portezuela y mandar al cochero que vuelva á París, como lo vais á hacer sin mirar siquiera de nuestro lado, ¿no es verdad?
- Tenéis razón, señoras, y mi palabra estaría de más. ¡Cochero, amigo, volvamos!
- Y el joven deslizó un segundo luis en la tosca mano del cochero.
- El digno auverniano se estremeció de gozo.
- ¡Voto á brios! exclamó, ¡qué revienten si quieren los caballos!
- Ya lo creo, puesto que están pagados, murmuró el oficial.
- El fiacre partió á la carrera, y el ruido de sus ruedas ahogó un suspiro del joven oficial, suspiro voluptuoso, porque el sibarita se había tendido sobre los dos cojines

que estaban aun calientes de la presencia de sus dos bellas desconocidas.

En cuanto á éstas, habían permanecido en el mismo sitio, y solo cuando había desaparecido el fiacre se dirigieron hacia el palacio.

CAPÍTULO VI.

LA CONSIGNA.

En el momento de ponerse en marcha, las ráfagas de un viento fuerte trajeron al oído de las viajeras el sonido de los tres cuartos que acababan de dar en el reloj de la iglesia de San Luis.

— ¡ Dios mío ! ¡ las doce menos cuarto ! exclamaron á un tiempo las dos mujeres.

— Mirad, todas las verjas están cerradas, añadió la más joven.

— ¡ Oh ! en cuanto á eso me inquieto muy poco, querida Andrea ; pero aun cuando estuviese abierta la verja, de seguro que no entraríamos por el patio de honor. Vamos ¡ pronto, pronto ! vamos por los estanques.

Y se dirigieron ambas hacia la derecha del palacio.

En efecto, sabido es que de aquel lado hay un pasadizo particular que conduce á los jardines.

Llegaron á ese pasadizo.

— Andrea, la puertecita está cerrada, dijo con inquietud la mayor de las dos mujeres.

- Piquemos, señora.
- No, llamemos. Lorenzo debe estar aguardando, porque le he advertido que acaso volvería tarde.
- Pues bien, voy á llamar.
- Y Andrea se acercó á la puerta.
- ¿Quién va allá? gritó una voz de adentro sin aguardar siquiera á que llamasen.
- ¡Oh, esta no es la voz de Lorenzo! dijo la más joven asustada.
- No, no es en efecto.
- La otra mujer se acercó á su vez á la puerta.
- ¡Lorenzo! murmuró á través de la puerta. Nadie le respondió.
- ¡Lorenzo! repitió la señora pulsando.
- ¡Aquí no hay ningún Lorenzo! replicó rudamente la voz.
- Pero esté ahí Lorenzo ó no, abrid, dijo Andrea con calor.
- Yo no abro.
- Pero, amigo mío, ¿no sabéis que Lorenzo acostumbra abrirnos?
- ¡No me río yo mal de Lorenzo! Yo tengo mi consigna.
- Entonces ¿quién sois?
- ¿Quién soy?
- Sí.
- ¿Y quién sois vos? dijo la voz.
- La pregunta era un poco brusca, pero no era ocasión de andarse en reparos, y era preciso responder.
- Somos unas damas de la servidumbre de S. M. Habitamos en palacio y queremos entrar en nuestro cuarto.
- Pues yo, señoras, soy un suizo de la primera compa-

- ña Salischamade, y haré lo contrario de lo que hace Lorenzo; os dejaré á la puerta.
- ¡Oh! murmuraron las dos mujeres, una de las cuales apretó con fuerza la mano de la otra.
- Luego, haciendo un esfuerzo sobre sí misma, dijo:
- Amigo mío, concibo el que cumpláis con vuestra consigna, pues es propio de un buen soldado, y no quiero haceros faltar á ella. Así, os ruego que me hagáis solamente el servicio de mandar avisar á Lorenzo, que no debe estar lejos.
- No puedo abandonar mi puesto.
- Enviad alguno.!
- No tengo quien enviar.
- ¡Por favor!
- ¡Voto á bríos! señora, dormid en alguna posada. ¡Valiente dificultad! Si á mí me diesen con la puerta del cuartel en las narices, ya sabría proporcionarme una cama.
- Escuchad, granadero, dijo con resolución la mayor de las dos señoras; tenéis veinte luises si abris la puerta.
- Y diez años de presidio ¡gracias! Cuarenta libras por cada año no es bastante.
- Haré que os asciendan á sargento.
- Sí, y el que me ha dado la consigna mandará que me fusilen; ¡gracias!
- ¿Quién os ha dado la consigna?
- El rey.
- ¡El rey! repitieron espantadas las dos mujeres ¡oh! ¡estamos perdidas!
- La más joven parecía casi loca.
- ¡Vamos, vamos! dijo la mayor; ¿no hay otras puertas?
- ¡Oh, señora! así como han cerrado ésta, también habrán cerrado las otras.

— Y si no hallamos á Lorenzo á esta puerta, ¿dónde creéis que podremos hallarle?

— ¡Oh! no; es un partido tomado.

— Verdad es, tenéis razón. ¡Andrea, Andrea! esta es una horrible jugarreta del rey. ¡Oh, oh!

Y la que hablaba acentuó estas últimas palabras con un desprecio casi amenazador.

Aquella puerta de los estanques estaba practicada en el espesor de una muralla bastante ancha para formar de aquel nicho una especie de vestíbulo.

Á cada lado había un banco de piedra.

Las señoras se dejaron caer sobre uno de ellos en un estado de abatimiento que rayaba en desesperación.

Por debajo de la puerta se veía una raya luminosa, y oíase detrás de ella el paso del suizo, quien tan pronto echaba armas al brazo como descansaba sobre las armas.

Al lado de allá de aquel pequeño obstáculo de encina estaba la salvación; al lado de acá; la vergüenza, el escándalo, la muerte casi!

— ¡Oh, mañana, mañana! ¡cuando se sepa!... murmuró la mayor de las dos mujeres.

— Contaréis la verdad.

— ¿Y la creerán?

— Tenéis con que probarlo. Además, este soldado no estará de centinela toda la noche, dijo la joven, cuyo valor parecía aumentarse á medida que flaqueaba el de su compañera.

— Á una hora ú otra le han de relevar, y su compañero será más complaciente. Aguardemos.

— Sí, así que den las doce pasarán patrullas, y me hallarán fuera de palacio aguardando y oculta. ¡Es una in-

famia! Mirad, Andrea, se me sube la sangre á la cara, y me ahoga.

— ¡Oh! ¡ánimo, señora! Siendo vos habitualmente tan fuerte, yo que hace un momento era tan débil, ¿soy quien tengo que animaros?

— Andrea, aquí hay un complot, y nosotras somos las víctimas. Esto no ha sucedido nunca, jamás se ha cerrado la puerta. ¡Ay! Andrea, ¡yo me muero!

Y se dejó caer hacia atrás, como si en efecto se ahogase.

Al mismo tiempo se oyeron pasos sobre aquel pavimento seco y blanco de Versalles que tan pocos pisan hoy, y á breve rato la voz ligera y alegre de un joven entonando una de esas canciones características de la época que estamos describiendo.

¿Por qué he de ponerlo en duda?

¿No es lo que digo verdad?

¿Toda la noche abrazados

No acabamos de pasar?

¿Es ilusión que Morfeo,

Mis párpados al cerrar,

En acero me tornara,

Tornándote á ti en imán?

— ¡Esa voz! exclamaron al mismo tiempo las dos mujeres.

— Yo la conozco, dijo la mayor.

— Es la de...

¿Es ilusión que ese dios

Eco del imán hiciese?

continuó la voz.

— ¡Él es! dijo al oído de Andrea la señora cuya inquietud se había manifestado tan enérgicamente. ¡Él es y nos salvará!

En aquel momento entró en el pequeño vestíbulo un joven envuelto en un levitón de pieles, y sin ver á las dos mujeres, pulsó á la puerta llamando :

— ¡Lorenzo!

— ¡Hermano mío! dijo la mayor de las dos señoras tocando con la mano el hombro del joven.

— ¡La reina! exclamó éste retrocediendo un paso y descubriéndose.

— ¡Chut! buenas noches, hermano mío.

— Felices, señora, felices, hermana mía; ¿no estáis sola?

— No; estoy con la señorita Andrea de Taverney.

— ¡Ah! muy bien. Buenas noches, señorita.

— ¡Monseñor! murmuró Andrea inclinándose.

— ¿Salís, señora? preguntó el joven.

— No.

— Entonces, entráis.

— Bien quisiéramos entrar.

— ¿Acaso no habéis llamado á Lorenzo?

— Sí lo hemos llamado.

— ¿Entonces?

— ¡Entonces!... Llamad vos á Lorenzo á vuestra vez, y ya veréis.

— Sí, sí, llamad, monseñor, y ya veréis.

El joven, á quien sin duda habrán reconocido ya nuestros lectores por el duque de Artois, se acercó otra vez á la puerta, y gritó de nuevo :

— ¡Lorenzo!

— ¡Bueno! dijo la voz del suizo. ¿Se repite la broma? Pues os prevengo que si me atormentáis más, voy á llamar al oficial.

— ¿Qué significa eso? dijo el joven atónito volviéndose hacia la reina.

— Significa que han colocado ahí un suizo en lugar de Lorenzo.

— ¿Y quién le ha colocado?

— El rey.

— ¡El rey!

— Como acaba de decírmelo.

— ¿Y con una consigna?

— Atroz, según parece.

— ¡Diablo! capitulemos.

— ¿De qué modo?

— Dando dinero á este tunante.

— Ya se lo he ofrecido, y lo ha rehusado.

— Ofrecámosle galones.

— También se los he ofrecido.

— ¿Y?...

— Y no ha querido dar oídos á nada.

— Entonces no queda más que un medio.

— ¿Cuál?

— Voy á hacer ruido.

— Vais á comprometeros. ¡Os suplico que no hagáis eso, querido Carlos!

— No os comprometeré en lo más mínimo.

— ¡Oh!

— Separaos á un lado; yo pulsaré á la puerta como un sordo, gritaré como un ciego, tendrán que abrirme, y vos pasaréis detrás de mí.

— Haced la prueba.

El joven príncipe comenzó á llamar de nuevo á Lorenzo, luego á picar, y en seguida á meter tal ruido con el pomo de su espada, que el suizo le gritó furioso:

— ¡Ah, esas tenemos! Pues bien, voy á llamar á mi oficial.

— ¡ Voto á brios ! ¡ llámalo, tunante ! Hace un cuarto de hora que no pido otra cosa.

Al cabo de un instante se oyeron pasos del lado interior de la puerta. La reina y Andrea se colocaron detrás del conde de Artois, prontas á aprovecharse del paso que según todas las probabilidades iba á abrírseles.

Oyóse al suizo explicar al oficial la causa de todo aquel alboroto.

— Mi teniente, le dijo, son unas señoras con un hombre que acaba de llamarme tunante. Quieren entrar á la fuerza.

— Y bien ; ¿ qué tiene de extraño que queramos entrar, puesto que somos de palacio ?

— Es un deseo muy natural, caballero, pero está prohibido, replicó el oficial.

— ¡ Prohibido ! ¿ y por quién, voto á brios ?

— Por el rey.

— Perdonad ; el rey no puede querer que un oficial de palacio duerma fuera.

— Caballero, no me toca á mí escudriñar las intenciones del rey, sino hacer lo que el rey me ordena, y nada más.

— Vamos, teniente, abrid un poco la puerta, para que no tengamos que hablar á través de ella.

— Caballero, os repito que mi consigna es tener la puerta cerrada. Así, si sois un oficial, como decís, debéis saber lo que es una consigna.

— Teniente, estáis hablando al coronel de un regimiento.

— Mi coronel, dispensadme ; mi consigna es formal.

— La consigna no se ha dado para un príncipe. Vamos, caballero, un príncipe no puede dormir fuera, y yo soy príncipe.

— Mi príncipe, me causáis la mayor desesperación, pero tengo una orden del rey.

— ¿ Os ha ordenado el rey que echaseis de aquí á su hermano como á un mendigo ó un ladrón ? ¡ Yo soy el conde de Artois, caballero ! ¡ Por vida de brios ! ¡ mirad que os exponéis mucho en hacer que me hiele á la puerta !

— Señor conde de Artois, dijo el teniente, Dios sabe que derramaría hasta la última gota de mi sangre por V. A. R. ; pero el rey me ha hecho el honor de decirme á mí mismo al confiarme la guardia de esta puerta, que no abriese á nadie, ni aun á él mismo si se presentaba después de las once. Así, monseñor, os pido humildemente perdón ; pero soy un soldado, y aun cuando viese en vuestro lugar, detrás de esta puerta, á S. M. la reina transida de frío, respondería á S. M. lo que con dolor acabo de responderos á vos.

Dicho esto, el oficial murmuró un buenas noches con el mayor respeto, y se volvió lentamente á su puesto.

En cuanto al soldado, pegado contra la misma puerta de armas, no se atrevía á respirar, y su corazón latía tan fuertemente que el conde de Artois, arrimándose por su parte á la puerta, hubiera sentido las pulsaciones.

— ¡ Estamos perdidos ! dijo la reina á su cuñado cogiéndole la mano.

Éste no respondió nada.

— ¿ Se sabe que habéis salido ? preguntó.

— ¡ Ay de mí ! lo ignoro, respondió la reina.

— Hermana mía, es también posible que el rey haya dado esta consigna contra mí. El rey sabe que salgo de noche y que algunas veces entro tarde ; la condesa de Artois habrá sabido algo, se habrá quejado á S. M., ¡ y he ahí el motivo de esa orden tiránica !

— ¡Oh! ; no, no, hermano mío! Os doy gracias con toda mi alma por la delicadeza con que tratáis de tranquilizarme ; pero no os molestéis, pues es indudable que esa medida se ha tomado por mí, ó más bien contra mí!

— Imposible, hermana mía ; el rey os estima demasiado para...

— Sin embargo, estoy á la puerta, y mañana resultará un escándalo espantoso de una cosa muy inocente. ¡Oh! yo tengo un enemigo cerca del rey ; lo sé bien.

— ¡Vos tenéis un enemigo cerca del rey, hermana mía! es muy posible. Pues bien, se me ocurre una idea.

— ¡Una idea! Decid pronto.

— Una idea que va á volver á vuestro enemigo más majadero que un burro colgado de su ronzal.

— ¡Oh! con tal que nos salvéis del ridículo de esta situación, no os pido más.

— ¡Si os salvaré! ; no faltaba más! ; Oh! yo no soy tan majadero como él, aunque él sea más docto que yo!

— ¿De quién habláis?

— ¡Pardiez! del señor conde de Provenza.

— ¡Ah! ¿conque reconocéis como yo que es mi enemigo?

— ¡Eh! ¿no es enemigo de todo lo que es joven, de todo lo que es bello, de todo el que puede... lo que él no puede?

— Hermano mío, ¿sabéis alguna cosa acerca de esta consigna?

— Tal vez ; pero ante todo, no permanezcamos bajo esta puerta, porque hace un frío atroz. Venid conmigo, hermana mía.

— ¿Adónde?

— Ya veréis, á alguna parte donde á lo menos hará calor. Venid y ya os diré en el camino lo que pienso acerca

de ese modo de cerrar la puerta. ¡Ah! señor de Provenza, mi querido é indigno hermano!.. Tomad el brazo, hermana mía ; tomad vos el otro, señorita de Taverney, y volvamos á la derecha.

Se pusieron en marcha.

— ¿Conque decíais que el señor conde de Provenza?... dijo la reina.

— Y bien, hé aquí lo que sé. Esta noche, después de la cena del rey vino él al gran gabinete ; el rey había hablado mucho durante el día con el conde de Haga, y no os habían visto.

— He salido á las dos para París.

— Ya lo sabía yo. El rey, permitidme que os lo diga, hermana mía ; el rey no pensaba más en vos que en Aroun-al-Raschild y en su gran visir Giaffar, pues estaba hablando de geograffa. Yo le escuchaba con bastante impaciencia, porque también yo tenía que salir... ¡Ah! perdonad, es probable que no salíamos por la misma causa, y he hecho mal en decir...

— Proseguid, proseguid.

— Volvamos á la izquierda.

— Pero ¿adónde nos lleváis?

— Á veinte pasos. Tened cuidado, que hay ahí un montón de nieve. ¡Ah, señorita de Taverney, os advierto que si soltáis mi brazo, vais á caer! Volviendo al rey, digo que no pensaba más que en la latitud y la longitud, cuando le dijo el conde de Provenza : Desearía presentar mis respetos á la reina.

— ¡Ah, ah! respondió María Antonieta.

— La reina cena en su cuarto, respondió el rey.

— Pues yo la creía en París, añadió mi hermano.

— No, está en su cuarto, dijo tranquilamente el rey.

— Pues vengo de allá y no me han recibido, replicó el conde de Provenza.

— Entonces vi al rey ponerse de ceño. Nos despidió á mi hermano y á mí, y sin duda después que marchamos trató de informarse. Ya sabéis que Luis tiene sus ráfagas de celos; habrá querido veros, le habrán rehusado la entrada, y con eso habrá sospechado alguna cosa.

— Precisamente tenía esa orden madama de Misery.

— Eso es; y para asegurarse de vuestra ausencia, el rey habrá dado esa severa consigna que nos deja á la puerta de la calle.

— ¡Oh! confesad, conde, que ese es un rasgo espantoso.

— Lo confieso; pero he aquí que hemos llegado.

— ¿Á esta casa?

— ¿Os desagrada, hermana mía?

— ¡Oh! no digo eso; al contrario, me encanta. ¿Pero vuestros criados?

— ¿Qué?

— ¿Si me ven?

— Hermana mía, entrad, que yo os respondo que nadie os verá.

— ¿Ni siquiera el que abra la puerta? preguntó la reina.

— Ni siquiera ese.

— Imposible.

— Vamos á probarlo, dijo el conde de Artois riendo.

Y acercó su mano á la puerta.

La reina le detuvo el brazo, diciéndole:

— ¡Os suplico, hermano mío, que tengáis cuidado!

El príncipe apoyó la otra mano sobre un tablero esculpido elegantemente, y se abrió la puerta.

La reina no pudo reprimir un movimiento de temor.

— Entrad, hermana mía; os suplico que entréis, dijo el príncipe; ya veis que hasta ahora no hay nadie.

La reina miró á la señorita de Taverney como una persona que se arriesga, y pasó el umbral con uno de esos gestos tan hechiceros en las mujeres y que quieren decir:

— ¡Á la ventura de Dios!

Así que entraron, se cerró la puerta sin ruido.

Hallóse entonces en un vestíbulo de estuco con basamentos de mármol; vestíbulo no muy extenso, pero de exquisito gusto; el pavimento era un mosaico figurando ramilletes de flores, mientras que sobre cartelas de mármol cien rosales pequeños y frondosos derramaban fuera de sus jarrones del Japón sus perfumadas hojas, tan raras en aquella estación.

Un suave calor y un olor más suave aun, cautivaban tan bien los sentidos, que así que llegaron al vestíbulo, las dos señoras olvidaron una parte no sólo de sus temores, sino también de sus escrúpulos.

— Ahora está bien; estamos al abrigo, dijo la reina, y si he de hablar francamente, este abrigo es bastante cómodo; pero, ¿no sería bueno, hermano mío, ocuparse de una cosa?

— ¿De cuál?

— De alejar á vuestros criados.

— ¡Oh! nada más fácil.

Y cogiendo un cordón colocado en la estría de una columna, el príncipe agitó una campanilla que, después de resonar una sola vez, vibró misteriosamente en las profundidades de la escalera.

Las dos mujeres lanzaron un grito de espanto.

— ¿Es así como alejáis vuestros criados, hermano mío? preguntó la reina. Hubiera creído que ese era el modo de llamarlos.

— Si hubiese sonado dos veces, sí; entonces vendría alguno; pero como no he dado más que un solo campanillazo, tranquilizaos, hermana mía, que no vendrá nadie.

La reina se echó á reír.

— Vamos, sois hombre muy precavido, dijo.

— Ahora, querida hermana, prosiguió el príncipe, tomaos la molestia de subir al primer piso, pues no podéis quedaros en el vestíbulo.

— Obedezcamos, dijo la reina; el genio de la casa no me parece demasiado maléfico.

Y subió la escalera precedida del príncipe.

No se oía el paso de ninguno de ellos sobre los tapices de Aubusson que guarnecían la escalera.

Así que llegó el príncipe, agitó otra campanilla, cuyo sonido hizo estremecer de nuevo á la reina y á la señorita de Taverney que no estaban prevenidas.

Pero creció más su asombro al ver las puertas abrirse por sí solas.

— Á fe mía, Andrea, que comienzo á temblar; ¿y vos? dijo la reina.

— Yo, señora, mientras que V. M. avance, la seguiré con resolución y confianza.

— Hermana mía, nada más natural que lo que está pasando: la puerta que tenéis enfrente es vuestro aposento. ¡Mirad!

Una antesalita de palo de rosa con dos estantes de Boule, cielo raso de Boucher, y entarimado de palo de rosa daba á un retrete de cachemira blanca sembrada de flores bordadas á la mano por las más hábiles bordadoras.

Las colgaduras de este retrete se componían de una tapicería hecha al pequeño punto de seda casado con arte, que en aquella época formaba de los tapices de los Gobelinos una obra maestra.

Después del retrete, un hermoso cuarto de dormir azul, con colgaduras de encaje y seda de Tours, una suntuosa cama en una alcoba oscura, un brillante fuego en una chimenea de mármol blanco, doce bujías perfumadas ardiendo en candelabros de Clodión, y un biombo de laca azul con chinoscos dorados, tales fueron las maravillas que se presentaron á la vista de las dos señoras cuando entraron tímidamente en aquel elegante retrete.

Ningún ser viviente se presentaba; por todas partes se sentía el calor, veíase la luz, sin que en ninguna se pudiesen adivinar las causas de tan felices efectos.

La reina, que ya había penetrado con reserva en el retrete, se paró un instante en el umbral del cuarto de dormir.

El príncipe se excusó con la más fina urbanidad de la necesidad que le obligaba á iniciar á su hermana en una confidencia indigna de ella.

La reina respondió con una pequeña sonrisa que expresaba mucho más que cuanto decir pudieran todas las palabras.

— Hermana mía, añadió entonces el conde de Artois, este es mi aposento de soltero; solo yo penetro en él, y siempre solo.

— Casi siempre, dijo la reina.

— No, siempre.

— ¡Ah! hizo la reina.

— Además, continuó el príncipe, hay en ese retrete un sofá y una poltrona en que muchísimas veces, cuando me

sorprende la noche después de la caza, he dormido también como en mi cama.

— Comprendo, dijo la reina, que la condesa de Artois esté á veces inquieta.

— Sin duda, pero confesad, hermana mía, que si la condesa está inquieta por mí, esta noche no tendrá razón.

— Esta noche no digo que no, pero las otras...

— Hermana mía, quien no tiene razón una vez, no la tiene nunca.

— Abreviemos, dijo la reina sentándose en un sillón. Estoy horriblemente cansada, ¿y vos, Andrea?

— ¡Oh! yo estoy que no puedo más, y si V. M. me permite...

— En efecto, os ponéis pálida, señorita, dijo el conde de Artois.

— Haced lo que querais, querida mía, dijo la reina, sentaos, ó acostaos si gustáis, pues el conde de Artois nos abandona este aposento, ¿no es verdad, Carlos?

— En toda propiedad, señora.

— Un instante, conde, una sola palabra.

— ¿Qué es?

— Si os marcháis, ¿cómo hemos de hacer para llamaros?

— No tenéis necesidad de mí, hermana mía; una vez instalada, disponed de la casa.

— ¿Según eso hay más piezas?

— Sin duda; primeramente hay un comedor que os aconsejo visitéis.

— ¿Supongo que con una mesa enteramente servida?

— Ciertamente, y en la que la señorita de Tavernay, que me parece necesitarlo bien, hallará un caldo, un alón y un

dedo de vino de Jeréz, y vos, hermana mía, una colección de esas frutas en conserva que tanto os gustan.

— ¿Y todo eso sin pajes?

— Ninguno absolutamente.

— Ya veremos. Pero ¿y después?

— ¿Después?

— Sí, para volver á palacio.

— No hay que pensar en entrar en toda la noche, puesto que está dada la consigna. Pero la consigna dada para la noche, cesa con el día; á las seis se abren las puertas de palacio, meteos en vuestro cuarto, y no os inquietéis de lo demás.

— ¿Pero y vos?

— ¿Cómo yo?

— Sí, ¿qué vais á hacer?

— Voy á salir de esta casa.

— ¡Cómo! ¿Os echamos de casa, mi pobre hermano?

— No sería decente que pasase la noche bajo el mismo techo que vos, hermana mía.

— Pero siempre necesitáis un aposento, y nosotras os quitamos el vuestro.

— ¡Bueno! Aun me quedan tres iguales á este.

La reina se echó á reír.

— ¡Y dice que la condesa de Artois no tiene razón en inquietarse! ya se lo contaré; dijo con un hechicero gesto de amenaza.

— Entonces yo se lo contaré también al rey, replicó el príncipe en el mismo tono.

— Tiene razón, estamos bajo su dependencia.

— Completamente; es humillante, pero ¿qué hacer?

— Someterse. Conque decís que para salir por la mañana sin encontrar á nadie...

- Un solo campanillazo en la columna de abajo.
- ¿En cuál? ¿en la de la derecha, ó la de la izquierda?
- Es igual.
- ¿Se abrirá la puerta?
- Y se volverá á cerrar.
- ¿Por sí sola?
- Por sí sola.
- Gracias. ¡ Buenas noches, hermano mío!
- Felices, hermana mía.

El príncipe saludó, Andrea cerró las puertas tras de él, y desapareció.

CAPI TULO VII.

LA ALCOBA DE LA REINA.

Á la mañana siguiente, ó mas bien en la misma mañana, porque nuestro capítulo anterior ha debido terminar á eso de las dos de la noche, el rey Luis XVI, vestido con una casaquilla morada de mañana, sin orden y sin polvos, en fin tal como acababa de levantarse, llamó á la puerta de la antecámara de la reina.

Una dama de servicio entreabrió aquella puerta, y reconociendo al rey :

— Señor... dijo.

— ¿ La reina? preguntó Luis XVI con tono breve.

— Su Majestad está durmiendo, señor.

El rey hizo un ademán como para separar á la dama, pero ésta no se movió.

— Y bien, dijo el rey, ¿ os apartaréis? ¿ No estáis viendo que quiero pasar?

El rey tenía en algunos momentos cierta viveza que sus enemigos llamaban brutalidad.

— La reina está reposando, señor, objetó tímidamente la dama de servicio.

— Os he dicho que dejéis libre el paso, replicó el rey.